

Tras los pasos de un zapato

Javier
Fonseca
Dibujos de
Laura
Chicote



1

Hormigas en los pies

Por las mañanas, en el barrio, la primera luz que se enciende es la de la biblioteca. Antes de que las farolas se hayan ido a dormir, mucho antes de que el sol se despegue de sus sábanas de nubes, don Cruz ya se ha sentado ante su escritorio y está preparándose el café. Lo ha traído de su casa, en un termo de plástico pintado con muchas letras de colores.

En el barrio te dirán que don Cruz siempre ha sido viejo, que su pelo no ha tenido otro color que el blanco, peinado con una raya en medio, como un cuaderno nuevo abierto al azar. También escucharás muchas historias sobre sus despistes: que si a veces abre la biblioteca los domingos por la mañana; que nunca sabe dónde deja su reloj de bolsillo; que durante el último invierno salió de casa todos los días sin sombra... Don Cruz pierde bastantes cosas. Y Cleo es el encargado de encontrarlas. O al menos de intentarlo.

A simple vista, Cleo puede parecer un ratón vulgar con sus bigotes, cola larga, hocico brillante y ojos inquietos. Si le preguntas a él, seguro que te cuenta una fantástica aventura. Como que es el único ratón que ha recorrido los siete mares y subido al Kilimanjaro.

De lo que no hay duda es de que Cleo es un auténtico ratón de biblioteca. Algo más grande que un ratón de campo, de color gris oscuro, como la tinta de los libros viejos. Tiene el hocico muy negro, de tanto pasar páginas con él, un bigote de siete pelos que se recorta todos los jueves, una libreta y un lápiz mordisqueado que guarda en un bolsillo del chaleco. Vive en la biblioteca, conoce dónde están todos sus libros y es capaz de encontrarlos con los ojos cerrados. Lo último que se ha leído ha sido *Las aventuras de Sherlock Holmes* y, desde entonces, no ha dejado de hablar de misterios y detectives. Y la verdad, los despistes de don Cruz han sido a veces tan extraños que bien podían haber pasado por crímenes profesionales. El último ocurrió el lunes de la semana pasada, y, además de ocasionar un buen número de divertidas confusiones, casi provoca un catarro al bibliotecario.

Como todas las mañanas, don Cruz acababa de echar dos terrones de azúcar en su café y lo estaba removiendo mientras escribía su lista de tareas del día en un papel:

Primero: limpiar el polvo a las novelas.

Sección F-H.

Segundo: sacar punta a mis lápices.

Después: despertar a Cleo.

Más tarde...

—Y antes de todo eso —dijo levantándose sin haber probado el café— colocaré los libros que devolvieron ayer a última hora.

Se acercó a la mesa de devoluciones, puso en el carro los siete libros que allí estaban y entró en el almacén. Fue dejándolos en su lugar de uno en uno. Cuando llegó a la *Gran enciclopedia del cine*, un voluminoso

mamotreto que tenía su sitio en la parte más alta de la estantería de «Cine-Radio-Televisión», buscó la escalera hasta que recordó que se la había llevado a casa para cambiar una bombilla, y aún no la había devuelto.

—¡Uf! Por un poco —exclamó alzándose de puntillas. La *Gran enciclopedia del cine* apenas rozó la estantería mientras don Cruz la sujetaba por el lomo—. Necesitaría un brazo más largo para darle el último empujoncito...

Con la mano libre empezó a hurgarse en los bolsillos, en busca de algo que le ayudara a empujar el libro hasta su sitio, cuando «¡Pum, pum, pum!», golpearon la puerta. Don Cruz soltó el libro, que se cayó de la estantería, y dio un brinco que le salvó de un chichón enciclopédico.

«¡Pum, pum, pum!», insistían mientras el bibliotecario se intentaba recuperar del susto y caminaba hacia la entrada.

—¡Ya va, ya va! —refunfuñó mirando el reloj—. Pero si aún no es la hora de abrir...

Dio dos vueltas a la llave y, antes de girar el pomo, la puerta se abrió como si la hubieran golpeado con un ariete y apareció ante él un señor gordo, con corbata de rayas y mofletes colorados. Llevaba una cartera en la mano izquierda de la que sobresalían varios papeles. Estaba sudando, como si acabara de subir seis pisos de escaleras.

—¡Buenos días! ¡Buenas tardes! Necesito urgentemente...

Dejó la frase a medias mientras miraba de arriba abajo a don Cruz, que todavía tenía la mano extendida hacia la puerta. Las gafas se le habían resbalado hasta la punta de la nariz



y en el bolsillo de su bata blanca aún bailaban los lápices de colores, por el susto.

—¡Mozo! —continuó el hombre con su discurso—. Necesito urgentemente hablar con el bibliotecario. Es preciso que hoy pueda consultar la Ley General del Comercio. En esta cartera tengo un negocio de millones de...

Mientras hablaba, intentó sacar de su cartera unos documentos, pero al abrirla todos los papeles se desparramaron por el suelo. El hombre se agachó y empezó a hacer un montón con todos ellos sin dejar de hablar.

—Sí, ya veo que no está. ¿Quizá es demasiado pronto? ¿Qué hora es? Brrr... ¿dónde habré metido mi reloj...? —dijo terminando de guardar los documentos en la cartera mientras intentaba levantarse del suelo agarrando de la bata a don Cruz. Cuando lo logró, se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta,

donde rebuscó hasta sacar una tarjeta—. Tome, mozo. Le dejo mi tarjeta para que se la entregue cuando llegue. Y dígame que don Cayetano Alguacilillo, abogado de tribunales, ha estado aquí y volverá a consultar la Ley General de Comercio a mediodía. ¡Adiós!

Y se fue resoplando, como había llegado.

Don Cruz meneó incrédulo la cabeza. No estuvo seguro de que aquella visita exprés había sido real hasta que descubrió la tarjeta en su mano, aún extendida. Se la guardó en el bolsillo de la bata y volvió al depósito a seguir colocando los libros. Cuando terminó, se fue a su escritorio, donde le esperaba el café. Iba a tomar una cucharada para comprobar si le había echado azúcar cuando, de repente, sintió un hormigueo fresquito en el pie que le subió como un rayo por la pierna y la espalda hasta la punta de la nariz. Allí el

hormigueo se convirtió en una fiesta de cumpleaños de hormigas que bailaban y bailaban provocándole un terrible picor. Y, antes de llevarse la cuchara a la boca:

—¡Aaaaaachísss!

Y mientras las gafas de don Cruz volaban por los aires, del almacén de libros salió un bufido y, detrás de él, un pequeño ratón refunfuñando y abrochándose la bata.